

## Claro de luna

La noche era clara en el exterior y negra en el divino recinto. Cuando con precaución hubo cerrado suavemente la puerta, demasiado sonora, sintió estremecimientos en todo el cuerpo, como si le envolviera la frialdad de las piedras. No se atrevía á alzar los ojos. El negro silencio le llenaba de espanto; la obscuridad se saturaba de lo desconocido; y poniéndose la mano sobre la frente, como quien no quiere despertar por temor de encontrarse vivo, miró al fin.

En medio de un amplio claro de luna, aparecía la diosa, como realmente viva, sobre un pedestal de piedra rosa cargado de tesoros suspendidos. Mostrábase desnuda y sexuada, con el vago tinte de los colores de la mujer. Tenía en una mano su espejo, cuyo mango era un priapo, y con la otra adornaba su belleza con un collar de siete hilos de perlas. Una más gruesa que las demás, oval y argentada, brillaba entre sus dos pechos como una luna creciente entre dos nubes redondas. Y eran las verdaderas perlas santas, nacidas de las gotas de agua que rodaron en la concha de la Anadyomena.

Demetrios se perdió en una adoración inefable. Creyó, en verdad, que Afrodita en persona estaba allí. No reconoció ya su obra, tan profundo era el abismo entre lo que él había sido y lo que era ahora. Tendió hacia adelante los brazos y murmuró las palabras misteriosas con que se invoca á la diosa en las ceremonias frigias.

Sobrenatural, luminosa, impalpable, desnuda y pura, la visión flotaba sobre la piedra, palpitando blandamente. Al fijar los ojos en la diosa, temía él que la caricia de su mirada hiciera evaporarse en el aire esta alucinación ligera. Avanzó muy poco á poco, hasta tocar con el dedo uno de los pies nacarinos de la diosa, cual si quisiera asegurarse de la existencia de la estatua; é incapaz de resistir á la seducción que le atraía, ascendió al lado de aquélla y apoyó sus manos sobre los blancos hombros para contemplarla en los ojos.

Tembló, desfalleció, y acabó por reir de gozo. Recorría con sus manos errantes estos brazos desnudos, oprimía con ellas el talle duro y frío, las deslizaba á lo largo de las piernas, acariciaba el globo del vientre. Con toda su fuerza se tendía sobre esta inmortalidad. Se miró en el espejo, levantó el collar de perlas, lo quitó, lo hizo brillar á la luz de la luna, y volvió, amedrentado, á colocarlo. Besó la mano replegada, el cuello redondo, la ondulosa garganta, la boca entreabierta del mármol. Luego retrocedió hasta el borde del zócalo, y agarrado á los divinos brazos, contempló con ternura la adorable cabeza inclinada.

Los cabellos habían sido peinados á la usanza oriental y apenas encubrían la frente. Los ojos, entornados, se prolongaban en una inefable son-

risa. Los labios permanecían separados, como desvanecidos por un beso.

Dispuso en silencio los siete hilos de redondas perlas sobre este pecho deslumbrador, y descendió hasta el piso para ver el ídolo de más lejos.

Entonces se le figuró que despertaba. Recordó el objeto de su visita, lo que había pretendido y estado á punto de ejecutar: una acción monstruosa. Sintió que enrojecía hasta las sienes.

Cruzó el recuerdo de Khrysis por su memoria como una aparición grosera. Enumeró todo cuanto había de dudoso en la belleza de la cortesana: los labios gruesos, los cabellos aglomerados, el paso lleno de indolencia. Cómo eran las manos, lo había olvidado; pero se las imaginó anchas, para agregar á la imagen, que rechazaba, un detalle odioso. Cayó en un estado de ánimo semejante al del hombre á quien sorprende al amanecer su única querida en el lecho de una innoble prostituta, y que no puede explicarse de qué manera llegó á ceder, la víspera, á una tentación de tal naturaleza. No hallaba excusa ni razón plausible. Era evidente que durante un día había sufrido una especie de locura pasajera, de perturbación física, de enfermedad. Considerábase curado, pero aún se sentía ebrio de aturdimiento.

Para volver en sí del todo, se reclinó contra la pared del templo, y estuvo largo rato en pie frente á la estatua. La luz de la luna continuaba descendiendo por la abertura cuadrangular que había en el techo; Afrodita resplandecía, y como los ojos de la diosa quedaban en la sombra, él buscaba su mirada...

...Así transcurrió toda la noche. Fué apare-

ciendo el día y la estatua tomó sucesivamente la rosada lividez del alba y el dorado reflejo del sol.

Demetrios no pensaba ya. Se habían borrado de su memoria la peineta de marfil y el espejo de plata que llevaba en su túnica, y se entregaba dulcemente á la contemplación serena.

Fuera del templo, una tempestad de gritos de pájaros silbaba, trinaba, cantaba en el jardín. Oíanse voces de mujeres que parloteaban y reían al pie de los muros. Surgía de la tierra, ya despierta, la agitación de la mañana. Demetrios no sentía dentro de sí mas que sensaciones de felicidad.

Bien alto estaba el sol ya y la sombra del techo había cambiado de lugar, cuando percibió un ruido confuso de ligeros pasos rozando los escalones exteriores.

Era, sin duda, un sacrificio que venían á ofrecer á la diosa, alguna procesión de jovencitas que acudían á cumplir sus votos ó á pronunciarlos ante la estatua, para el primer día de las Afrodisias.

Demetrios pretendió huir.

El pedestal sagrado se abría por la parte de atrás de un modo sólo conocido por los sacerdotes y el escultor. Allí se colocaba el hierofante para dictarle á una niña de voz alta y clara los discursos misteriosos que salían de la estatua el tercer día de la fiesta. Por allí se podía llegar á los jardines. Demetrios penetró en la cavidad secreta y se detuvo junto á las aberturas bordeadas de bronce que taladraban la espesa piedra.

Las dos puertas de oro se abrieron pesadamente. Después entró la procesión.

## La invitación

**H**ACIA media noche despertó Khrysis con el ruido de tres golpes dados en la puerta.

Había pasado todo el día entre las dos efesias, y á no ser por lo revuelto del lecho, se las podría haber creído tres hermanas que dormían juntas. Rhodís estaba apelotonada contra la galilea, cuya pierna sudorosa le pesaba encima. Myrtokleia dormía de pechos, cubriéndose los ojos con un brazo y desnudo el dorso.

Khrysis se desenlazó de ellas con precaución, dió tres pasos sobre el lecho, bajó, y entreabrió la puerta.

Llegaba de la entrada un rumor de voces.

—¿Quién es, Dyalá? ¿quién es?—preguntó la joven.

—Naukrates, que quiere hablarte. Le digo que no estás libre.

—¿Qué necedad! Sí lo estoy; ciertamente, lo estoy. Pasa, Naukrates, estoy en mi dormitorio.

Y volvió á entrar en el lecho.

Naukrates se detuvo un poco en el umbral,

temiendo ser indiscreto. Las dos músicas abrían los ojos, cargados de torpeza todavía, y no podían sacudirse de sus ensueños.

—Siéntate—dijo Khrysis—. No hay necesidad de coqueterías entre nosotros. Sé que no vienes por mí. ¿Qué me quieres?

Naukrates era un conocido filósofo, amante de Bakkhís desde hacía más de veinte años, y que nunca la engañaba, más por indolencia que por fidelidad. Usaba cortos sus cabellos grises, barba en punta á lo Demosthenes y los bigotes al nivel de los labios. Llevaba un amplio traje blanco, hecho de lana sencilla y sin adornos.

—Vengo á invitarte—dijo—. Bakkhís da mañana una comida á la que seguirá una fiesta. Seremos siete, si tú asistes. No dejes de ir.

—¿Qué motiva esa fiesta?

—La manumisión de su más bella esclava, de Afrodísia. Habrá bailarinas y aulétridas. Creo que tus dos amigas son del número de estas flautistas, y que ya no deberían estar aquí. En este momento están ensayando en casa de Bakkhís.

—¡Oh! Es verdad—exclamó Rhodís—; ya no lo recordábamos. Levántate, Myrto, es muy tarde.

Pero Khrysis prorrumpió:

—¡No, todavía no! ¡Qué mal haces en quitarme á mis mujeres! Debía haberlo sospechado, para no recibírte. ¡Oh! ¡ya están vestidas!

—Nuestros trajes no son muy complicados—dijo la pequeña—, ni somos bastante bellas para emplear mucho tiempo en ataviarnos.

—¿Os veré, al menos, en el templo?

—Sí; mañana, temprano, llevaremos palomas. Tomo una dracma de tu bolsa, Khrysis, para poder comprarlas. Hasta mañana.

Salieron ambas corriendo. Naukrates se quedó contemplando por algún tiempo la puerta que se cerró tras ellas, y en seguida se cruzó de brazos y dijo en voz baja, volviéndose á Khrysis:

—Bien; bien te conduces.

—¿Cómo?

—Ya no te basta una sola, sino que necesitas dos... Las tomas hasta de la calle... ¡Magnífico ejemplo!... Pero ¿qué podemos esperar nosotros? ¿qué nos queda á los hombres? Todas vosotras tenéis amigas, y cuando salís agotadas de sus brazos no nos podéis dar de vuestra pasión mas que lo que ellas os dejan. ¿Crees que esto puede durar mucho? Si continuáis así, nos veremos obligados á ir en busca de Bathylo... (1).

—¡Ah, no!—exclamó Khrysis—. ¡Eso no lo admitiré nunca! Bien sé que hacen esa comparación. Pero no tiene sentido, y me sorprende que tú, que tienes por profesión el pensar, no comprendas que es absurda.

—¿Y qué diferencia encuentras?

—No se trata de diferencia, sino que no hay ninguna relación entre una cosa y otra: es evidente.

—No digo que estés en un error. Pero quiero conocer tus razones.

—Te las diré en dos palabras; escúchame. La mujer es, en lo que se refiere al amor, un instrumento completo. Está única y maravillosamente formada de pies á cabeza para el amor. *Ella sola sabe amar. Ella sola sabe ser amada.* Por consiguiente, si una pareja amorosa se compone de dos mujeres, es perfecta; si no es mas que una

(1) Bathylo simboliza al jovencuelo de gustos invertidos.—N. del T.

sola, es buena á medias; si no hay ninguna, es simplemente idiota. He dicho.

—Eres dura para Platón, hija mía.

—Los grandes hombres, lo mismo que los dioses, no son grandes en todas circunstancias. Palas nada entiende de comercio; Sophoklés no sabía pintar; Platón no sabía amar. Filósofos, poetas ó retóricos, por admirables que sean en su arte, resultan en amor unos ignorantes. Créeme, Naukrates, yo siento que tengo razón.

El filósofo hizo un gesto.

—Eres un poco irreverente—le dijo—; pero no creo, en modo alguno, que te engañes. Mi indignación no era real. Hay algo de encantador en la unión de dos mujeres jóvenes, á condición de que ambas quieran permanecer femeninas en todo, guardar sus largas cabelleras, descubrirse los pechos y no recargarse de instrumentos postizos, como si, por una inconsecuencia, envidiasen al sexo grosero que tan lindamente desprecian. Sí; es notable su unión, porque sus caricias son superficiales todas y su voluptuosidad más refinada. Ellas no se oprimen; se frotan simplemente para gustar el placer supremo. Para ellas, la noche nupcial no es sangrienta; son vírgenes Khrysis. Ignoran la acción brutal, y en esto son superiores á Bathylo, que pretende equivaleros, olvidando que vosotras también podríais hacerle competencia hasta en esto. El amor humano no se distingue de la cópula estúpida de los animales mas que por dos funciones divinas: la caricia y el beso. Y éstas son las únicas que conocen las mujeres de que hablamos. Y aun las han perfeccionado.

—No es posible hablar mejor—dijo Khrysis, atónita—. ¿Qué me reprochas, entonces?

—Te reprocho el que sois cien mil. Ya gran número de mujeres no sienten placer completo sino con las de su propio sexo. Muy pronto no consentiréis en recibirnos ni á título de «peor es nada». Por celos es por lo que te reprendó.

En este punto le pareció á Naukrates que la conversación había durado lo bastante, y se puso en pie sencillamente.

—¿Puedo decirle á Bakkhís que cuente contigo?—dijo.

—Iré—respondió Khrysis.

El filósofo le besó las rodillas y salió con lentitud.

\* \* \*

Entonces, juntando ella las manos, se puso á hablar en voz alta, no obstante hallarse sola.

—Bakkhís... Bakkhís... ¡Viene de casa de ella, y nada sabe!... ¿Estará allá el espejo todavía?... Demetrios me ha olvidado... Si ha vacilado el primer día, estoy perdida; ya no hará nada... ¡Dioses! ¡Dioses! Ningún medio de obtener noticias, y tal vez... ¡Ah!... ¡Dyalá! ¡Dyalá!

La esclava entró.

—Dame mis huesecillos—dijo Khrysis—. Quiero echar la suerte.

Y arrojó al aire los cuatro dados...

—¡Oh!... ¡Oh!... Dyalá, mira: ¡el golpe de Afrodita!

Se daba este nombre á un golpe bastante raro en que los huesecillos todos presentaban una cara diferente. Había exactamente treinta y cinco probabilidades contra una para que esta disposición se efectuase. Era el mejor golpe del juego.

Dyalá interrogó fríamente:

—¿Qué habías pedido?

—Es verdad—repuso contrariada Khrysis—. Olvidé hacer un voto. Pensaba seguramente en algo, pero no he dicho nada. ¿Será bueno el augurio?

—No lo creo; debes tirar de nuevo.

Khrysis echó por segunda vez los huesecillos.

—Ahora salió el golpe de Midas. ¿Qué te parece?

—No se sabe. Bueno y malo. Es un golpe que se explica por el siguiente. Echa un solo hueso.

Por tercera vez Khrysis interrogó á la suerte. Pero cuando el huesecillo hubo caído, tartamudeó estas palabras:

—¡El... punto de Khíos!

Y estalló en sollozos.

Dyalá, inquieta también, nada decía. Khrysis lloraba de bruces sobre el lecho, esparcidos los cabellos en torno de su cabeza. Por último, se volvió con un movimiento de cólera.

—¿Por qué me has hecho repetir? Estoy segura de que el primer golpe era el que valía.

—Si has hecho voto, sí. Si no has hecho voto, no. Sólo tú lo sabes—dijo Dyalá.

—Además, los huesecillos no prueban nada. Es un juego griego. No creo en él. Voy á ensayar otra cosa.

Se enjugó las lágrimas y atravesó la estancia. Tomó de un tablero una caja de fichas blancas, contó veintidós de ellas, y con la punta de un alfiler de perlas fué grabando sucesivamente cada una de las veintidós letras del alfabeto

hebreo. Eran los arcanos de la Kábbala que había aprendido en Galilea.

—En esto sí tengo confianza; esto sí que no engaña—exclamó—. Levántate la falda para que me sirva de saco.

Arrojó las veintidós fichas en la túnica de la esclava, repitiendo mentalmente:

—¿Me pondré el collar de Afrodita? ¿Me pondré el collar de Afrodita? ¿Me pondré el collar de Afrodita?

Y obtuvo el décimo arcano, que claramente decía:

«Sí.»

## VI

## La rosa de Khrysis

**E**RA una procesión blanca, y azul, y amarilla, y rosa, y verde.

Avanzaban treinta cortesanas, llevando canastillas de flores, nevadas palomas de pies rojos, velos del azur más delicado y preciosos ornamentos.

Un viejo sacerdote, de blanca barba, cubierto hasta alrededor de la cabeza con una tela cruda y rígida, caminaba al frente del cortejo y guiaba hacia el altar de piedra la fila de devotas inclinadas.

Cantaban, y su canto se arrastraba como el mar, suspiraba como el viento del Sur, alentaba como una boca apasionada. Llevaban las dos primeras unas arpas que sostenían con el hueco de la mano izquierda y se encorvaban por delante como hoces de frágil madera.

Una de ellas se adelantó y dijo:

—Tryfera, ¡oh amada Cypris! te ofrece este